



Las gracias externas

Eduardo López Aspitarte S. I.

DE "Esperando a Godot", la obra de Beckett que obtuvo el premio mundial de la crítica, se ha dicho que es el epitafio de la esperanza. No cabe duda que en ella queda dibujada —es el gran valor de su realismo, que puede parecer quimérico— una actitud encarnada en muchos rincones de nuestra tierra. Una placa radiográfica en donde el hombre puede reconocerse con horror. Para darse cuenta de su aburrimiento existencial, de su egoís-

mo brutalmente marcado, de su aislamiento y soledad. Como un ser que se desangra con frío y con abandono. El espectáculo de la impiedad, de la insolidaridad, del desgarramiento. Es la noche, la larga y pesada noche de la vida, sin calor, sin compañía.

En la orilla opuesta de Beckett, cuando las cosas se bañan de la suavidad y armonía con que saltaron de la mano de Dios, el mundo se hace de

nuevo luminoso y transparente. Como una cascada inmensa de alegría y espuma. El hombre encuentra sentido a todo lo que le rodea y pertenece. En cualquier situación, la más dolorosa y desgraciada, sabe entregarse a la resignación y aceptar todo con agradecimiento. Porque lo difícil es encontrarse a cara a cara con el dolor, la soledad o la desgracia. Pero el cristiano, en medio de todo lo que constituya el marco externo de su vida, siente la cercanía misteriosa del amor de Dios, que, como un latido profundo, se oculta en cada acontecimiento de su historia.

Naturalmente que esta doble actitud tiene que levantarse en puntos de apoyo diferentes. Nos interesa ahora fijarnos en la segunda. Es la postura esencialmente cristiana, que podemos encontrar oculta y soterrada en tantos hombres con los que tropezamos a cada momento. Esa columna interminable de gente sencilla, de la que nos habla Vittorio Calvino, "que cumple su deber sin pedir nada a cambio, que camina mirando hacia adelante con esperanza, que da de sí sin pretender nada, gente que sirve, gente que ayuda, gente que tiene valor y confianza e, incluso, gente que no tiene más que paciencia y tolerancia..." (1).

En el fondo de todo es admitir que la muerte y el éxito económico, las desilusiones y los triunfos, el fracaso, el dolor, la alegría... son gracias y regalos de Dios. Y como creemos en el amor de nuestro Padre, en su Providencia sobre los pájaros, los lirios y los hombres (Mt. 6^{26,31}) nos resulta fácil admitir sus caminos insondables y agradecerle todo lo que nos suceda.

Pero en realidad ¿podemos considerar todo como una gracia de Dios? Y si

(1) VITTORIO CALVINO; *La torre sobre el gallinero*. Acto 2.º, c. 2.º

es una gracia ¿cómo algo externo a nosotros puede influir en nuestra santificación?

Significados de la gracia

Nos interesa sobre todo el sentido teológico encerrado en este concepto. En S. Pablo podemos encontrar con frecuencia sus distintos significados (2). Recogemos los que más nos interesan para adelante.

En primer lugar retiene su sentido subjetivo: benevolencia, gratitud, favor. Es la mirada de Dios que, porque quiere, se posa detenidamente en el hombre, como objeto de sus complacencias. La gracia aparece, en este sentido, como realidad personal. El Dios Padre que se dirige e inclina a los hombres por medio de Cristo en el Espíritu Santo (3). El saludo que S. Pablo mandaba a sus fieles, como un mensaje de ilusión, al comienzo de sus cartas.

Pero como esta mirada de Dios no puede ser nunca estéril, inoperante, ella misma confiere un conjunto de dones gratuitos para la santificación y perfeccionamiento del hombre. Es la gracia en su sentido objetivo: el regalo de Dios, efecto de su benevolencia. (4).

Este último aspecto de don gratuito, de cosa dada por pura misericordia, sin que pueda haber por nuestra parte derecho o exigencia alguna, es el significado formal y más corriente que ha tomado la gracia en el lenguaje teológico (5).

(2) Para un estudio más completo, Cfr.: P. BONNETAIN, *Grâce. La grâce dans les épîtres de Saint Paul*. Dict. de la Bible. Suppl. III, Paris 1938, 1001-1054.

(3) Lc. 2, 40; 1 Cor. 1, 3; Rom. 5, 15.

(4) Rom. 5,2; 1 Cor. 3, 10; 2 Cor. 6,1.

(5) Prescindimos ahora de otras muchas divisiones que pueden darse de la gracia. Cfr.: J. BUJANDA, *Manual de Teología dogmática*. 5.ª ed. Madrid, 1957, p. 340-344.

Todos los autores admiten también la existencia de ciertas gracias que no pueden considerarse como dones intrínsecos al alma. Pertenecen al campo externo de hechos y acontecimientos —gracias externas— que encuadran la vida del hombre. Lo que no resulta ya tan fácil es delimitar la esfera de hechos externos a los que podría extenderse la denominación de gracia (6).

Pero creo que podemos pasar por alto cierta diversidad de terminología —en el fondo se trata de ampliar o restringir el concepto de gracia externa— para fijarnos en una realidad más profunda, verdadera: ver cómo cualquier acontecimiento externo lleva siempre para nosotros una orientación trazada por Dios. La vida de cada hombre es una historia tejida de amor y cariño, que tiene su origen y destino en el corazón mismo del Padre que está en los cielos. Precisamente por ello, porque tiene su nacimiento en el amor, todo lo que nos venga lo podemos considerar como gracia.

Teología del Antiguo Testamento

La idea de atribuir influjos santificadores a todos esos medios externos aparece frecuentemente en la Sda. Escritura.

En el Antiguo Testamento se nos habla con frecuencia de las pruebas enviadas por Dios al hombre justo (Sal. 80; Sab. 3). Estas pruebas son para el alma como la acción del fuego que purifica el oro (7). Por ello, el justo le

(6) Para algunos habría que restringir este concepto a sólo aquellos hechos que por su naturaleza pueden orientarnos hacia Dios: predicación, ejemplo de los santos, milagros de Cristo... Cfr.: VAN DEN MEERSCH, *Grâce*. Dict. Theol. cathol., Paris 1920, VI, 2.^o, 1558. Otros lo extienden a cualquier otro efecto puramente natural, pero ordenado por Dios a nuestra santificación. Cfr.: C. PESCH, *Praelectiones dogmaticae*, V. Friburgo, 1916, p. 14.

(7) Prov. 17, 3; Eccli. 2, 1 y ss.; Sab. 3, 6.

pide también a Dios que lo coloque en la prueba para poder mostrarle su fidelidad (Sal. 26^{2b}); y una vez probado Dios lo encuentra digno de Sí (Sab. 3⁶). La razón de todo ello se apunta en Tobías "Porque eras agradable a Dios fue necesario que la tentación te aquilata-se" (Tob. 12¹³).

A la luz de esta Providencia amorosa de Dios, toda la historia de Abraham y del pueblo elegido adquiere sus verdaderas dimensiones. Dios va, como un Padre que educa (Sab. 11¹¹), disponiendo misteriosamente de los hilos humanos que se entrecruzan en sus dedos. Precisamente cada hecho, que hacía temblar la llama de la esperanza en el corazón de los israelitas, era una nueva etapa hacia el cumplimiento de las promesas definitivas (8).

Can razón Yahwéh es para el pueblo elegido su padre y los israelitas sus hijos (Is. 1³). Así lo demuestra su historia: "Recordarás todo el camino que Yahwéh, tu Dios, te ha hecho andar... Reconoce, pues, en tu corazón que, como suele un hombre corregir a su hijo, te ha corregido Yahwéh, tu Dios... Porque Yahwéh, tu Dios, te conduce...".

Doctrina de S. Pablo

Tal vez en ningún sitio, como en la epístola a los hebreos, se haya fijado con más claridad la finalidad de estas pruebas de Dios: "El Señor, en efecto, corrige al que ama y azota a todo el que recibe por hijo. A vuestra formación va encaminado cuanto sufrís" (Heb. 12^{6,7}).

Todo ese mundo, por lo tanto, de hechos y acontecimientos, que giran a nuestro alrededor, tienen un sentido concreto y determinado. El término

(8) Cfr.: P. BONNETAIN, *Grâce. La grâce dans l'Ancien Testament*. Dict. de la Bible. Suppl. III, Paris 1938, 779-857.

griego utilizado por San Pablo (formación, corrección) se aplicaba a los trabajos y ejercicios a que son sometidos los niños para fortificar sus miembros e instruir su espíritu. Con frecuencia se aplicaba también a los castigos impuestos para corregir sus defectos y malas costumbres (9). Es la manifestación de la paternidad de Dios sobre nosotros. "Os trata Dios como a hijos; pues ¿qué hijo hay a quien no corrige su padre? Y si os quedáis sin corrección, de la cual han participado todos, será que sois bastardos y no hijos" (Heb. 12^{7,8}).

Tenemos que colocarnos en este ángulo de visión para contemplar a su luz nuestra propia historia. Llama la atención, dentro de los escritos de S. Pablo, el lugar preeminente que en la piedad cristiana señala a la acción de gracias. "No tengáis inquietudes, sino más bien en todas vuestras oraciones y plegarias presentad vuestras súplicas al Señor, acompañadas de acción de gracias" (Fil 4⁶). La única respuesta posible al amor de Dios, que constituye cada acontecimiento. Como un regalo del Padre "a fin de que seamos partícipes de su santidad" (Heb. 12¹⁰). Es la misma realidad que expresaba a los Romanos, bajo otro aspecto: "Sabemos que Dios coordina toda su acción al bien de los que le aman" (Rom. 8²⁸).

Gracias externas y perfección

Es claro que los "sucesos" no pueden santificarnos por sí mismos. Y sin embargo, es claro también que influyen de alguna manera en nuestra perfección. ¡Cuántas veces una enfermedad, una desgracia familiar son el punto de arranque para una nueva orientación en la vida! ¿Qué relación existe, pues, entre estas gracias y la perfección?

(9) Cfr.: F. ZORELL, *Lexicon graecum Novi Testamenti*, 3.^a ed. Paris, 1961, p. 972. Más ampliamente en BERTRAM, *Theol. Wörter. N. Test.* V, Stuttgart 1954, 596-624.

Partimos de un principio teológico fundamental. Todo avance en el camino de nuestra santificación tiene que venir a través de la gracia interna actual. Ilustraciones de la inteligencia e impulsos de nuestra voluntad que nos excitan en nuestro interior (10).

Esto supuesto, las gracias externas podrían ser, bajo una primera consideración, simples *ocasiones* para la práctica de diversas virtudes con la consiguiente adquisición de méritos y aumento correspondiente de gracia. Una enfermedad que sobreviene sería la ocasión para ejercitar mi paciencia, lo mismo que podría ser motivo para hacer saltar mi desesperación. Entre gracias externas y santidad se daría, entonces, una mera coexistencia mutua. Como dos series paralelas, sin posibilidad de una relación intrínseca y causal (11).

Los autores, en general, admiten una unión más íntima. Se ha hablado, incluso, colocándose en el otro extremo, de las gracias externas como instrumentos de nuestra santidad (12). Según esto, toda gracia externa tendría cierta virtualidad intrínseca para nuestro propio perfeccionamiento (13).

Creo que, en un término medio entre ambas posiciones, podríamos encontrar más seguridad. Una relación, sin duda más profunda, pero que hemos de buscarla más bien entre la gra-

(10) Cfr.: A. FIOCCHI, *Praelectiones Theologiae mysticae*. Roma, 1934, p. 32-37.

(11) R. GARRIGOU-LAGRANCE, *La Providence et la confiance en Dieu*. Paris, 1932, p. 256.

(12) DE CAUSADE, *L'abandon à la Providence Divine*. Paris, 1928, vol. I, p. 124. SUAREZ usó también de la misma expresión: *De gratia actuali*, Proleg. III, c. III, n. 14.

(13) El instrumento se caracteriza por causar un efecto superior a su propio poder. Necesita, por ello, de otra causa que supla su impotencia, pero él también colabora directamente en la consecución del efecto. Esta influencia directa en la santidad no se admite generalmente en las gracias externas. Y aun los que hablan de ellas como de instrumentos suelen tomarlos en un sentido más amplio.

cia externa e interna, que entre aquella y nuestra propia santidad.

Gracia externa y Providencia

Para comprender esta relación entre gracia externa e interna, tenemos que acudir al plan misterioso y seguro de la Providencia. Dios tiene sus propios caminos, cuya dirección el hombre, muchas veces, ni siquiera sospecha. Reparte sus inspiraciones cuando quiere y como quiere; y un medio ordinario para la distribución de éstas lo constituye todo ese conjunto de hechos, que hemos llamado gracias externas.

El efecto propio de estas gracias son ciertas reacciones psicológicas que causan, v. gr. la pérdida de una madre. Estas reacciones, que brotan de una manera espontánea y natural, no pueden ser causa positiva de la gracia interna, ni instrumentos propiamente dichos de ella. Pero a estas reacciones psicológicas Dios ha querido ligar, en su Providencia amorosa y sobrenatural, la comunicación de sus gracias internas (14) Sto. Tomás hablando de la predicación afirmaba "...el Espíritu Santo se sirve de la lengua humana como de cierto instrumento, pero El es quien acaba interiormente la obra" (15). Y este poder de Dios, que acompaña a la voz humana, puede también encontrarse detrás de cualquier acontecimiento. De ahí también que, aunque estos hechos por su propia naturaleza sean aptos para nuestra santificación (v. gr. una lectura espiritual), si se usan en contra de la voluntad de Dios, pierden por completo su eficacia. Dios no vivifica entonces el poder natural de estos medios con su gracia, la única que puede dar incremento a nuestra vida espiritual.

Sólo en este sentido, un tanto amplio e impreciso, podría hablarse de las gracias externas como verdaderos instrumentos. Elevadas, en cierto modo, por Dios, vitalizadas por su presencia para producir efectos, que no podría causar por su propio poder.

Esta necesidad de la gracia interna, que la revelación proclama frecuentemente, explica por qué unos mismos acontecimientos o circunstancias externas llegan a producir efectos muy diferentes. El hombre siempre, aun bajo el impulso de la gracia, mantiene su poder de autodeterminación. Su libertad puede cerrar las puertas de la conciencia a todo impulso del Espíritu y rechazar toda llamada a su interior que Dios haya vinculado a esos condicionamientos externos. Con ello ahoga en su raíz todos los bienes que Dios soñaba sacar en esas circunstancias concretas; 'excluye por completo la posibilidad de sentir el contacto y la cercanía misteriosa de su amor.

Hay que abrirse de par en par a esas inspiraciones que, en cada caso concreto, se asoman al silencio del alma, para comprender la realidad de su Providencia "según la cual, en la adversidad como en la prosperidad, nos ofrece ocasiones de progresar hacia la felicidad eterna" (16). Entonces, el hombre, que sabe entregarse con fe, recogerá los frutos que Dios pretende donarle.

Efectos de las gracias externas

¿Podemos saber lo que Dios quiere para cada hombre y en cada caso concreto? En realidad, apenas si podemos nunca acertar con anterioridad los fines asignados por Dios. Pueden ser muy diversos y pendientes de situaciones individuales características. Solamente cuando han pasado los años y el hom-

(14) V. TRUHLAR, *Structura theologica vitae spiritualis*. Roma, 1958, p. 78.

(15) STO. TOMÁS, *Suma Teológica*, II-II, q. 177, a. 1.

(16) *Monumenta Ignatiana*, I, 699.

bre vuelve la cara hacia la historia que deja a sus espaldas, comprende, a veces, el sentido hondo que tuvieron en su vida determinados acontecimientos.

De una manera general, es verdad que Dios trabaja, a través de toda gracia externa, sobre todo por las pruebas y sufrimientos, para despegarnos de lo desordenado de las criaturas y de nosotros mismos. Es un factor necesario para cualquier educación espiritual; ley que ha de verificarse en todo hombre (17).

Más allá de esta purificación está la luz de Dios que nos señala y manifiesta su voluntad. El nos dirige tanto por estos acontecimientos externos como por sus inspiraciones internas. Al querer, o por lo menos permitir, que ciertas cosas nos sucedan, nos señala lo que en ese momento tenemos que hacer para santificarnos (18). La actitud humilde y silenciosa ante los designios de Dios manifestados en cada circunstancia, nos llevará de la mano al cumplimiento exacto de su voluntad.

Se ha hablado, incluso, de la analogía entre el sacramento de la Eucaristía y la gracia externa. La presencia real del amor divino se encuentra escondida en cada suceso de la vida, así como

(17) S. FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, l. VIII, c. 10. DE CAUSADE, o. c. vol. II, p. 126.

(18) R. GARRICOU-LAGRANGE, o. c. p. 259. DE CAUSADE, o. c. vol. I p. 41.

Dios está oculto bajo las especies eucarísticas. El sacramento "del momento presente" nos empuja, por ello, hacia una comunión mayor con Dios, como síntesis y meta final de toda gracia externa (19).

Conclusión

El sentido de la providencia divina no debe quedar encerrado en el círculo estrecho y limitado de nuestros propios intereses. La Providencia no es lo que muchas veces nos imaginamos.

Cuando un cristiano afirma que Dios le ha protegido, porque la bomba que ha aniquilado un hospital y matado centenares de enfermos, ha respetado su casa; podría caer en un error lamentable. Habrá habido amor de Dios que ha guardado cariñosamente su hogar. Pero tampoco se puede dudar de que las víctimas del bombardeo han sido objeto de una providencia también amorosa. Pensar lo contrario, sería monopolizar a Dios en provecho de nuestras pequeñas utilidades personales.

La Escritura nos recuerda que ni un sólo cabello de nuestra cabeza cae sin el consentimiento de nuestro Padre celestial (Lc. 12^o). Una fe profunda nos haría penetrar en el misterio en que Dios muchas veces se nos acerca. Y comprender todo el amor que está escondido en la historia pequeña e insignificante de cada uno de nosotros.

(19) DE CAUSADE, o. c. vol. I, p. 39-40.

